

Las víctimas: una visión desde la filosofía política

Dr. Jorge F. Márquez Muñoz

Ponencia presentada en el Aula Gabino Fraga del INAP, el 3 de julio de 2013

En primer lugar quiero agradecer a Joel, a Rommel, y por supuesto, al Maestro José Castelazo por su amable invitación a esta mesa. En segundo lugar, hago manifiesto que es un honor compartir este foro con los funcionarios Eric Suzán Reed y Roberto Hernández Martínez de Províctima.

Para mí es de gran interés participar en este espacio, porque tanto en mi calidad de académico, y como estudioso de la justicia, el orden social, y la historia política, el problema de la víctima como concepto y como encarnación, es uno de los más importantes.

Pero también tengo gran interés en involucrarme en estas reflexiones, en mi calidad de asociado de la Asociación Civil “Por lo Derecho”, que tan atinadamente dirige la Lic. Sylvia Pérez Campuzano.

A lo largo de los últimos 5 años he estudiado el problema de la violencia y de las víctimas que genera, y he tenido oportunidad de hacerlo desde una perspectiva histórica y de la teoría política. En esos dos ámbitos la primera pregunta que surge ante este fenómeno es ¿cómo un ser humano puede hacer tanto daño a otro? En mis investigaciones he encontrado que esto se debe a diferentes visiones de la moral.

He encontrado que existen al menos cuatro modos esenciales de considerar el sufrimiento del otro:

- 1) la primera es como un ser humano, igual que yo, igual que las personas a las que quiero. Esta valoración se lleva hasta las últimas consecuencias, es decir, quien piensa esto no admite que “al otro” se le denigre en ningún sentido. Es el modelo de compasión integral;
- 2) la segunda opción para ponderar el sufrimiento, es que la persona enfrente es un ser humano igual que yo, igual que las personas a las que

quiero, pero a quien puedo soportar que se le lastime siempre que no sea de manera explícita; es decir, no estoy dispuesto a que se le sacrifique o se le linche, pero puedo admitir que se le trate injustamente, que se le sobaje como ocurre en los sistemas de castas. Es el modelo de compasión limitada;

3) una tercera opción es ver “al otro” como un monstruo que merece ser sacrificado, es decir, alguien a quien puedo lastimar sin ningún remordimiento. Es el modelo sacrificial.

4) por último puede vérselo como alguien que sólo existe a la distancia, como un número o una imagen que aparece rápidamente en el televisor; es el modelo de la indiferencia.

En general no somos lo suficientemente congruentes para tratar de una misma manera a todo aquél con quien interactuamos. Podríamos pensar estas relaciones como círculos. En el círculo más pequeño, en donde sólo ingresa la gente que realmente nos preocupa, suelen estar los familiares y amigos más cercanos. Aquí está la compasión integral. En el segundo círculo, más amplio que el anterior aparece la compasión limitada y en el tercero, el modelo sacrificial.

Así, podemos ser padres amorosos y al mismo tiempo pedir la cabeza de aquél a quien consideramos monstruoso. Claro está que el lugar en los círculos no los asignamos de una vez y para siempre. Hay personas muy cercanas a nosotros que en el pasado no lo fueron, o bien, personas que fueron muy cercanas pero que por alguna vicisitud las monstrificamos y las ponemos en el tercer círculo; las alejamos sentimentalmente de nosotros para poder crucificarlas; las rodeamos de un recubrimiento agrio, de odio.

En realidad, con la mayoría de la gente que nos rodea solemos ser indiferentes. Es una cuestión de dimensión, pues no podemos implicarnos ni conocer a tanta gente lo suficiente como para alcanzar el punto de ser compasivos. Pero también es una cuestión de disposición ética. Consideramos implicarnos con mucha gente como un estorbo para nuestros

finés. El tiempo apenas alcanza para amar a nuestros cercanos, ganar dinero y satisfacer algunos placeres personales.

Por una parte parecería que no somos santos y no estamos ni siquiera cerca de poder tratar humanamente a todos aquéllos con quienes convivimos; por otra parte sabemos que los otros tampoco nos tratarán humanamente; es decir, crecemos pensando que la mayoría de la gente no usará ni el criterio 1 ni tampoco el 2 con nosotros, esperamos al menos que usen el 4 y no el tres; preferimos que no nos vean o nos tomen en cuenta a que nos odien.

En el mundo desarrollado se ha logrado el triunfo del modelo 4 en la convivencia social; aunque claro está, siguen existiendo los modelos 1 y 2 con los individuos que percibimos como relativamente cercanos y con los que calificaríamos como íntimos. Aunque no es un consuelo, el triunfo ya consiste en que la indiferencia vence al odio la mayoría de las veces.

No obstante, en gran parte de los países de América Latina esto no ha ocurrido de acuerdo a este patrón. El odio es más fuerte que la indiferencia, al menos el suficiente número de ocasiones como para generar una tasa de homicidios que es equivalente a seis veces la tasa de homicidio de Europa.

El mundo moderno, para funcionar, no necesita que las personas se amen las unas a las otras, y en cambio sí está impregnado de altas dosis de indiferencia. Pero para que la indiferencia triunfe sobre el odio, son necesarias ciertas circunstancias:

1) un sistema de justicia social que no produzca niveles lacerantes de desigualdad; de hecho, la mayor parte de los países con tasas bajas de homicidio tienden a ser también los mejor situados en el índice GINI.

2) Para que la indiferencia venza al odio también debe existir la costumbre de respeto a las leyes, no importa si es por convicción ciudadana, como en la mayor parte de los países de Europa Occidental, o por temor a la justicia, como en China. El resultado es el mismo: ahí en donde incluso las elites suelen respetar las leyes, la violencia disminuye; y lo hace, reitero, no porque los ciudadanos se amen los unos a los otros, sino por la fuerza de la ley.

3)El tercer elemento que debe existir para que la indiferencia venza al odio: es cierta abundancia que permita movilidad social, ciertas mejoras de los individuos y sus familias. Como la modernidad implica una mentalidad de progreso, es un contrasentido ofrecer modernidad y bloquear esa promesa de mejoría. Obstaculizar la movilidad produce frustración en mucha gente; y ése es el caldo de cultivo perfecto para individuos capaces de monstrificar al otro.

4)El cuarto elemento para que la indiferencia derrote al odio, es un sistema de justicia que funcione con criterios realmente modernos, que atrape delincuentes y no chivos expiatorios; que sea capaz de hacer justicia para las víctimas; que aterrorice o convenza a las autoridades para que no sean potenciales cómplices de los delincuentes.

Lamentablemente, la evidencia de que estamos perdiendo la batalla contra la monstrificación queda demostrada en los siguientes datos:

En el informe de competitividad del World Economic Forum, sobre las problemáticas para hacer negocios en México, la inseguridad se coloca en segundo lugar. En ese ranking de 144 países México ocupa el lugar 139 en cuanto a crimen organizado, y el 135 por los costos del crimen. En la Encuesta sobre victimización de empresas también se pueden apreciar los costos del delito: en México las pérdidas en pesos por la inseguridad sumaron en 2011 poco más de 115 mil millones de pesos, a los que se suman 47 mil 700 por costos en seguridad. La encuesta estima que 37.4% de las unidades económicas han sido víctimas de algún delito. Un total de 4 millones 324 mil 529 delitos que se cometieron contra empresas obligaron a 425 mil 758 unidades económicas a suspender sus actividades. Existe una cifra negra que refleja 3 millones 810 mil 888 delitos sin averiguación previa, lo que representa el 88.1% de los delitos y eso, no cabe duda, muestra nuestra vulnerabilidad ante el crimen.

Existe también una estimación por “gran sector”: 41.6% de las unidades económicas del gran sector Comercio fueron víctimas del delito, lo mismo que 36.6% del gran sector Industria y 32.7% del gran sector Servicios.

En la encuesta nacional de seguridad encontramos que en 2012 ocurrieron 22 millones 389 mil 492 delitos en la República Mexicana, de los cuales, menos de tres millones fueron denunciados. 91% de los delitos absolutos entran en la cifra negra; y del total de los delitos sin denuncia declarada, el 63.2% no fueron denunciados por causas atribuibles a la autoridad, además, 34.2% no denunciaron por considerarlo una pérdida de tiempo.

Otra estadística alarmante es que 30% de los hogares en México han sido víctimas de algún acto delictivo. Para las empresas como para la población en general la delincuencia es una razón más para cuestionar el alcance de las instituciones.

La cadena de noticias CNN refiere esta problemática como un escenario de muertos a cambio de millones. Sobre esa apreciación caben múltiples aclaraciones: desde 2006 a la fecha el saldo de la lucha contra el narcotráfico no es nada más de muertos (60 mil en total, uno cada hora), sino también de 75 mil lesionados, 32 mil huérfanos, 20 mil viudas y 5 mil desaparecidos que no se contabilizan dentro de la cifra global. En cambio, el número que es tan contundente que difícilmente admite objeciones es el de 39 mil millones de dólares: las ganancias anuales del narco mexicano según la Universidad de Columbia. De entre ellos, 29 mil millones serían ganancias generadas solamente en Estados Unidos (país donde al año se gastan 65 mil millones de dólares en estupefacientes).

Con esa cantidad de dinero no es inusual que los narcotraficantes estén mejor armados que las fuerzas del orden, o que tengan la liquidez económica para corromper a las instituciones del Estado a diferentes niveles, facilitando así el traslado hacia el Norte de marihuana, cocaína, metanfetaminas, etc. En Estados Unidos altos mandos de las fuerzas armadas y ocasionalmente políticos dentro del círculo de la Casa Blanca como Hilary Clinton, han declarado –aunque después tengan que atenuar sus dichos por sensibilidad política–, que con estos rasgos los miembros de la delincuencia organizada se comportan prácticamente como una insurgencia, así sea una *sui generis* por carecer de ideología política o religiosa. Por supuesto esta versión ha sido

enfáticamente negada por el gobierno mexicano, pero no deja de llamar la atención que independientemente de la amenaza de la violencia criminal de estas organizaciones, en algunas zonas bajo su control la población en efecto es hostil al Estado y en cambio es receptiva a la presencia del narcotráfico, en vista de lo que tiene por ofrecer a las aspiraciones materiales de los jóvenes y sus expectativas de prestigio social.

Sea que a los menores de 17 años se les asignen tareas como el narcomenudeo o que se les contrate para disponer de cuerpos o como asesinos a sueldo, cuando los narcotraficantes ofrecen “500 dólares por paso de droga, mil dólares por cuidar a secuestrados durante un mes o mil 500 dólares por funcionar como espía”, terminan de desintegrar un tejido social cuya condición fundamental es la desigualdad y la falta de oportunidades particularmente entre los más jóvenes. Aunque la supervivencia misma dentro del crimen sea efímera, sus promesas de exuberancia y de consumo exponenciado –imágenes de éxito replicadas por los medios- lucen más realizables para los adolescentes en sus filas, que la vía de la superación académica o laboral. En sus sectores más desprotegidos, nuestro bono demográfico se pregunta por qué habría de querer títulos universitarios cuando puede aspirar a ranchos, palenques o mansiones. Esto es, si logra vivir lo suficiente como para costearlos.

¿Cuántas personas están cooptadas por el narcotráfico y han sido equipadas (85% de las veces con armas estadounidenses) para combatir de su lado? Las estimaciones sugieren que son 150 mil, “cifra similar al conjunto de efectivos que el Ejército, la Marina y la Policía Federal destinan en la actualidad al combate contra la delincuencia organizada”. Pese a que este dato refleja cierta paridad en el volumen de quienes se enfrentan, hay que notar que mientras los combatientes del Estado forman un grupo más bien estable -aún con las bajas que experimentan y las depuraciones institucionales-, por parte de los narcotraficantes nos encontramos ante una población muy dinámica: el enfrentamiento frontal que lleva a que narcotraficantes de todas las “jerarquías” mueran o sean encarcelados, deriva en un reclutamiento constante de nuevos miembros y una promoción más dinámica dentro de

dichas organizaciones, de modo que éstas, en vez de extinguirse, únicamente se renuevan y descentralizan.

Estas cifras no deben deprimir a nadie, sino que deben servir para que nos cuestionemos cómo detrás de los actos de violencia que enfrenta nuestra sociedad, las víctimas del crimen son la parte más visible y dolorosa, de un fenómeno muy profundo. Me refiero a esa concepción del mundo en la que la atomización, la indiferencia, y la tolerancia a la miseria y al maltrato, nos hacen mirar hacia otro lado cuando los problemas no tocan en nuestra propia puerta. En el momento crítico que vivimos, la única evidencia de que lograremos seguir viviendo a pesar del dolor, son las muestras a nivel de instituciones y de iniciativas de la sociedad civil, de que somos capaces de ver al otro como a nuestro igual, como un ser humano al que no toleraremos que se deje a su suerte, sea en su pérdida o en su marginalidad.

Muchas gracias.